



Para dar mayor expresion á su acento la habia empujado con el pié.

de hacer volver á Euridice de los Infiernos, este nuevo Orfeo añadió: ¡Bebella!... ¡adorada Bebella!

Bebella hizo un nuevo movimiento, no porque aquellos tiernos acentos hubiesen llegado á penetrar hasta su cerebro demasiado oscurecido con los vapores de la digestion; sino porque el lobo querido, para hacer mas elocuente su palabra y dar mayor expresion á su acento la habia empujado con el pié.

Habria querido, sin duda, despertarla de una manera menos prosáica; pero el buen hombre no podia conservar el equilibrio de su cuerpo sino con cierta dificultad.

Temia que si se acercaba demasiado, no llegase á caer sobre ella y no pudiese luego levantarse.

La pena, la pena del amor sobre todo doblega las almas mas fuertes. Cuando uno se siente triste, trata de alegrarse conversando con la botella.

El estado en que se hallaban los dos esposos probaba cuán

dolorosa les habia sido á ambos la separacion de algunos dias.

¡Oh tierna simpatía de dos corazones unidos! Su mútuo amor era su justificacion mas elocuente.

Así fué que cuando Bebella adorada pudo entreabrir sus ojos y ver inclinado sobre su frente el rostro de su lobo querido, no tuvo, en la primera expansion de su alegría, ni valor para enfadarse, ni para reñir y menos para corregir todavía.

Y uno y otra llorando su falta reciproca, se pidieron mútuamente perdon, derramando en sus senos lágrimas, á la vez dulces y amargas, jurándose que si en lo sucesivo volvian á achisparse, se achisparian á puerta cerrada y en familia.

Calipso habia vuelto á encontrar á Ulises y Numa Pompilio descansaba de nuevo al lado de Egeria.

XXXIV

CONFIDENCIAS.

Mientras tanto, el conde de Puysaie recorria todos los parajes en donde creia poder encontrar al coronel.

Pero no lo encontró, y ya sabemos por qué.

En aquel mismo momento Fritz tenia con M. Gigant la solemne y última entrevista que antes hemos contado.

Aparte de su vida pública, el coronel tenia una vida secreta en cuyos misterios no dejaba penetrar, ni aun á sus mas intimos amigos.

¿En dónde hacia sus comidas cuando no almorzaba ó comia en casa de sus amigos, y en dónde vivia?

Nadie lo sabia.

Lo mismo que esas decoraciones brillantes que ocultan en el teatro las asquerosidades de los bastidores y pasillos, así la existencia de este truhan del gran mundo estaba llena de misterios.

En desesperacion de causa y cansado de buscarle sin éxito, el conde renunció á continuar su pesquisa.

Por otra parte, no tenia duda en que el coronel no dejaria de venir por la noche al palacio.

Como la resolucion que Loredano habia tomado era de aquellas que no cambian nunca, podia aguardar.

¡Aguardar! ¿pero cómo llenaria el vacío horrible de aquellas cuantas horas?

El conde, sin pensar, se dirigió maquinalmente hácia su círculo. Tal vez encontraría allí alguno con quien pasar una ó dos horas.

Cuando iba andando por las calles, oía á su alrededor las mil voces diferentes y la algazara de los alegres parisienses que gritaban, cantaban, reían, y eran respondidos, desde los balcones de las casas, por los sonidos de las trompas de caza, los gruesos caracoles y otros instrumentos parecidos.

De vez en cuando, encontraba alguna cuadrilla de máscaras grotescamente vestidas, con acompañamiento de pílluelos que se desgañitaban gritando: « ¡Carnaval! ¡Carnaval! »

Como aquel era el último dia, querian aprovecharlo.

Toda aquella algazara, que por grosera y ridícula que fuera, habria hecho otras veces sonreír al conde, hoy le daba enojo y fastidio.

Su círculo estaba casi desierto; no habia mas que dos ó tres viejos concurrentes leyendo los periódicos y un jóven que se divertía solo en la sala de billar haciendo carambolas mientras llegaba la hora de ir á alguna cita.

Apenas habia entrado Loredano y ya se disponía á mar-

charse, cuando se abrió la puerta de la sala para dar paso á M. José de la Cruz.

Nunca el gallardo jóven se habia presentado con una frente tan erguida y un aire tan varonil. Sus labios risueños tarareaban un alegre cantar y sus ojos brillaban como chispas.

¿Qué habia ocurrido en la vida de M. José de la Cruz para que apareciese hoy tan alegre y como rejuvenecido, cuando por lo ordinario se le veía siempre grave y recogido?

M. José, al ver al conde, se fué derecho hácia él y le alargó su mano cubierta con un rico y fino guante, sin dejar su franca y leal sonrisa.

Digan lo que quieran los atrabiliarios, la juventud es un hogar vivo, sobre todo si á su ardor se añade la esperanza de la dicha. Al rozarse con ella, la tristeza se disipa y transforma en alegría.

No hay mas que los malos que se entristezcan con la alegría de los otros.

Loredano, al contacto de aquella mano calorosa y firme, se sintió penetrado como de cierto bienestar.

— Al diablo con el carnaval, exclamó M. José. No hay mas que lord l'Arsouille que pueda pasearse hoy por Paris. La Inglaterra ha conquistado á Paris con un ejército de máscaras. Si encontrara un compañero, me iría bien lejos de todo este barullo que me rompe la cabeza.

— Pues que no quede por eso, dijo el conde, porque cabalmente me hallais con las mismas disposiciones de ánimo, y si buskais un compañero, aquí lo teneis. Enviemos á pedir caballos.

— Mi casa, contestó M. José, llamando á un mozo, está á dos pasos de aquí. Dentro de un cuarto de hora estaremos andando. ¿A dónde iremos?

— A la aventura, ante el primer camino que se nos presente, ó donde gusteis. Cualquiera punto me es indiferente. Me parecia que tenia necesidad de ruido, de movimiento, pero este barullo me aburre.

El vizconde lo miró con aire pasmado.

— En efecto, mi querido conde, me parece que no estais en vuestro estado normal; ¿tendrais por casualidad, añadió en voz mas baja, alguna pena, algun contratiempo? Yo buscaba un compañero y vos os habeis ofrecido á serlo mio; pues á mi vez os digo que si buskais un amigo, creo que lo encontrarais.

— Ya lo sé, respondió Loredano con la voz conmovida.

Y presentado su mano á M. José, estrechó la de este cordialmente.

Hay momentos en que por reservado que uno sea, siente una imperiosa é irresistible necesidad de ser comunicativo, aun á riesgo de descubrirse.

Por otra parte, hacia mucho tiempo que aquella fisonomía varonil y franca del gallardo jóven era muy simpática al conde, que no leía en ella sino el candor de un alma fuerte y noble y de una conciencia pura.

El tono firme y claro de su voz, la franqueza de sus ma-

neras unida á la más exquisita urbanidad, por sus formas, habían cautivado extraordinariamente á Loredano.

Así es que aquella amistad ofrecida tan sin ceremonia fué aceptada inmediatamente, sin ninguna segunda intencion por una ni otra parte.

Dos minutos antes, el conde y M. José no eran mas que simples conocidos, y ahora, despues de su apretón de manos, se consideraron como amigos íntimos hasta la muerte.

Así conversando, bajaron la ancha escalera del Círculo, y delante de la puerta encontraron á un groom que tenia por las bridas dos magníficos caballos de raza, y de un brinco los dos montaron á caballo y se dirigieron á los malecones.

La multitud de gentes que circulaba por las calles era tan compacta, que les era preciso marchar al paso.

Los dos eran buenos ginetes, y emparejados uno al lado del otro, teniendo cuidado de contener á sus caballos cuyas bocas espumaban, iban conversando amistosamente.

— Así pues, dijo M. José, es cosa convenida: ¿seremos amigos?

— Completamente amigos, contestó el conde, y de tal modo, que hoy mismo voy á poner vuestra amistad á prueba.

— A fé mia, contestó M. José con alegre risa, que los dos tenemos el mismo pensamiento. Tal vez dentro de algunos dias tendré yo que haceros una confidencia y pediros alguna cosa de la que depende la felicidad de toda mi vida...

— Con condicion de desquite, respondió Loredano, podéis contar conmigo como yo cuento con vos.

— Todavía ignoro, dijo M. José poniéndose de repente pensativo y triste, si yo tendré que pediros algun dia ese favor, el mayor que un hombre puede pedir á otro... Pero en todo caso, por hoy no se trata de mí, sino de vos; y así os escucho.

— Se trata de un negocio de honor, dijo Loredano. ¡Oh! añadió en seguida como para responder al gesto de sorpresa de M. José, no creais que se trata de una querrela ordinaria. No soy ya un calavera sin seso para meterme en aventuras de esa clase, ese sería un negocio de muy poca importancia para llegarme á preocupar hasta ese punto.

Se trata, M. José, de un duelo á muerte, del cual uno de los dos solamente, ó mi adversario ó yo, haya de salir vivo. ¿Queréis ser mi padrino?

— Sí, respondió sencillamente M. José.

— Miradlo bien, porque los motivos de este duelo son de tal naturaleza, que tienen que quedar ignorados aun de los testigos. ¿Teneis bastante confianza en mí para cargaros con tanta responsabilidad?

— ¿No somos amigos? contestó M. José en el mismo tono.

— Entonces cuento con vos. No dejéis de venir esta noche á la fiesta que da mi hija en el palacio Matifay.

— Allí iré, respondió gravemente M. José.

Entretanto los dos amigos habían llegado á las orillas del río y podían poner sus caballos al trote.

En el momento en que subían la rápida cuesta de Passy, la bajaba, al paso, un coche sin escudo de armas y herméticamente cerrado.

Al cruzarse con él, se le figuró á M. de Puysaie haber oído en el interior del carruaje un grito ahogado y pronunciar su nombre por una voz que no le pareció desconocida.

Se volvió con presteza, pero ya no vió sino una mano blanca que corria las cortinillas del carruaje.

— Me habré equivocado, dijo; además, ¿no me ha prometido el dominó negro que volvería á verla esta noche?

El carruaje, aun á riesgo de volcar, había tomado el gran trote y bajaba la pendiente con la mayor velocidad.

XXXV

FIESTA DE NIÑOS.

Hallábase en todo su brillante apogeo el baile que la joven mamá daba con motivo del mártir de carnaval y en honor de Liliás.

Los marquesitos empolvados y las pastorcitas á la Pompadour hacían sus piruetas de lo lindo. Los guardias franceses ofrecían grageas á las ostreras, y las Cidalis de altos talones encarnados daban casquitos de naranja á los arqueos del tiempo de Luis XIII.

Nada más lindo que aquella sociedad microscópica rebosando alegría por todos sus poros, sin penas ni cuidados.

Cipriana, es verdad, había tratado á sus convidados como á personas mayores, y no se había economizado ni olvidado nada para que la fiesta fuese brillante.

Estaban abiertos todos los salones y hasta el invernadero de las flores, como en los dias de grandes y solemnes recepciones, y mientras que los niños saltaban y bailaban, las personas grandes se iban, unas á los salones de conversacion ó de juego, ó bien, si eran los padres de los niños, se quedaban en el salon en donde estos estaban bailando, contemplando con delicia aquel torbellino encantador que formaba el conjunto de tantas mejillas sonrosadas, de tanta inocencia reunida, que envuelta en seda y en encajes se entregaba con todo el abandono y franqueza de su edad al placer que gozaba.

Loredano era una de estas personas; pero cuando su mirada venia á caer sobre Liliás, por casualidad, se hacia sombría.

Cuando el coronel entró, la fisonomía del conde tomó una expresion mucho más seria, y la nube que cubria su frente se hizo mucho más opaca.

Fritz también tenia el aire preocupado, pero aparentaba estar tranquilo y resuelto.

Loredano le salió al encuentro, y la sola señal que hiciese

descubrir su emocion, era la de que sus labios temblaban ligeramente.

Se agarró al brazo de Fritz con el mismo aire familiar que otras veces, y en voz alta y clara para que todos lo oyesen, le dijo en tono de amistosa reconvencion:

— Venis bien tarde, amigo mio.

Sin embargo, el que hubiese notado el tono con que fueron pronunciadas aquellas palabras, habría podido predecir ó presentir una desgracia.

Los dos amigos, agarrados del brazo, dieron algunas vueltas por los salones, esforzándose uno y otro en disimular la turbacion ó emocion que los agitaba, y así se fueron alejando de los salones ocupados.

De este modo llegaron al invernáculo, en donde no había absolutamente nadie.

Entonces, separando sus brazos bruscamente y mirándose cara á cara con una expresion provocadora, comprendieron por la primera vez uno y otro cuán profundo é irconciliable era el odio que mutuamente se profesaban.

Se hallaban en este momento debajo de aquellas palmeras exóticas, cerca de aquella fuente de mármol blanco y de apacible susurro, y en el sitio mismo en que Cipriana había sentido sus primeras alegrías y experimentado sus primeras tristezas.

Allí fué donde M. José, tocando también por la primera vez su mano, le había declarado su amor, dándole á conocer, al mismo tiempo, el obstáculo casi insuperable que los separaba.

Aquel sitio delicioso, poético y encantador, embalsamado con las emanaciones balsámicas que se desprendían de las flores, en donde se reflejaban y armonizaban los más vivos colores y se respiraba una deliciosa fragancia, parecía estar destinado solamente para oír discursos amorosos más bien que palabras de cólera y de odio.

Loredano, sin embargo, lo había elegido para tener su explicacion con Fritz como el más á propósito para evitar una sorpresa.

Después de un momento de silencio, el conde no pronunció más que estas palabras:

— ¡Sois un miserable!

De pálido que estaba, Fritz se volvió lívido, pero no pestañeó y solo dijo:

— Teneis derecho para tratarme como gustéis, y yo no me reconozco con el de responderos. Sí, he sido culpable con vos, inmensamente culpable, y aun cuando lo deseara, no puedo negaros la reparacion que exijais.

— Bueno, dijo Loredano, en ese caso hé aquí lo que exijo. Ya comprendéis vos mismo que yo no puedo batirme por el motivo verdadero que nos hace enemigos: eso sería confesar la falta de... de madama de Puysaie, confesar sobre todo vuestra vil complicidad, esto es, declararos altamente indigno de cruzar el acero con un hombre honrado.

La palabra *indigno* hizo estremecer casi imperceptiblemente la careta de impasibilidad con que el coronel había cubierto su rostro.

Loredano, sin embargo, lo notó.

— He dicho indigno y lo repito, continuó; batiéndome con vos, sé que me rebajo... sin que por eso os eleve. Así, lo que yo quiero obtener no es una reparacion, sino una venganza... No quiero dar satisfaccion á una convencion vulgar y mundana por medio de algunas gotas de sangre sacadas de vuestro pecho ó del mio; lo que quiero es mataros.

El coronel no respondía: estaba inmóvil como una estatua de mármol, aparte un temblor nervioso que agitaba sus manos.

Había hecho resolucion formal de escuchar todo, de sufrir todo sin replicar ni quejarse.

Sin embargo, las palabras de Loredano, deshonrosas como una bofetada, abrasadoras como un hierro candente, no podían caer sobre su mejilla ó aplicarse sobre su espalda sin hacerle estremecerse.

Su garganta seca y contraída pudo al fin articular algunas palabras.

— Os he declarado que sabia todo eso, dijo; todas vuestras reconvenciones me las he hecho yo á mí mismo antes de ahora. He puesto enteramente en vuestras manos mi honor y mi vida. Sois mi juez, y no mi adversario. Pronunciad vuestra sentencia, y no me hagais sufrir por más tiempo.

— Mi sentencia es esta, replicó friamente el conde. Vamos á volver al salon, en el que creo no habrán advertido nuestra ausencia. Al principio, aparentaremos ser, como antes, buenos amigos. Se tratará de provocar una disputa sobre cualquier motivo indiferente; como por ejemplo, podremos sentarnos uno en frente del otro á alguna mesa de juego.

Hay personas que se ponen de mal humor cuando pierden, y entonces se les puede escapar alguna palabra demasado viva.

Vos seréis el que pierda y á quien se le escapará esa palabra viva que yo recogeré... y sobre la que vos insistireis.

En tales casos, suele haber también algunas buenas gentes que, con las mejores intenciones de componerlo todo, intervienen en el negocio, y en vez de arreglarlo no hacen otra cosa que echarlo más á perder. Esperemos con que no nos faltarán esos torpes interventores. Querrán separarnos, y en esta clase de disputas suele haber también alguna mano demasiado ligera y pronta á levantarse en alto. Vuestra mano se levantará...

— ¡Mi mano!... quiso interrumpir el coronel.

Loredano con un gesto no le dejó proseguir, y continuó diciendo:

— Dejadme concluir. He dicho vuestra mano, porque quiero, lo entendeis bien, ser el insultado; quiero tener á los ojos de todos un pretexto para una legitima é implacable venganza; quiero que, cuando mi espada haya atravesado vuestro pecho, ó mi bala fracturado vuestro cráneo, nadie me pueda acusar ni tachar de implacable.